

Artículo para FORESTALIA. Revista de la Asociación de Forestales de España (PROFOR): “**La cultura variable estratégica en la reproducción de los ecosistemas boscosos**”.

Xesús Adolfo Lage Picos

Profesor de Socioloxía da Univ. de Vigo

Campus A Xunqueira, s/n - 36005 Pontevedra

Teléf: 986 801 974 – C.e.: xalp@uvigo.es

El monte, espacio escosocial

“La contraposición de naturaleza y sociedad es una construcción del siglo XIX que servía al doble fin de dominar e ignorar la naturaleza. La naturaleza está sometida y agotada a finales del siglo XX, y de este modo ha pasado de ser un fenómeno exterior a ser un fenómeno interior, ha pasado de ser un fenómeno dado a ser un fenómeno producido.”

(BECK, 1998:13)

Lo social hoy día ya no se puede pensar independientemente de la naturaleza. El monte y los bosques, en particular, son parte de lo social, de ese espacio interno de nuestro sistema que podemos llamar ecosocial. Cargando las tintas, el bosque es un hecho social, producto y proceso del grado de conocimiento y capacidad organizativa de una sociedad.

Las sociedades industriales avanzadas han construido por medio de la cultura los bosques, tanto física como idealmente, y como otras esferas de la vida social se han visto afectados por los cambios: en la estructura económica, en las formas de participación políticas, y en la cultura, ámbitos que como advirtió Daniel Bell (1991) no tienen porque ser "congruentes" entre sí, pudiendo tener diferentes ritmos de cambio.

Sin embargo, con frecuencia, el potencial evocador específico de los bosques nos hace olvidar las circunstancias anteriores, lo que descubre y ratifica su integración en la producción de bienes simbólicos de las sociedades postindustriales, en sustitución del lugar central que ocupaba la producción de bienes materiales en la sociedad industrial (TOURAINE, 1980).

El bosque en las sociedades industriales avanzadas es un elemento que se incorpora con fuerza a la vida social, pasando a formar parte de los espacios de la construcción de una hipermodernidad caracterizada por la institucionalización del cambio social, tanto en comportamientos y técnicas, como en las formas de organización y administración de las cosas, las personas y la naturaleza.

De ser un espacio sagrado regulado por el consumo de subsistencia, el bosque pasó a ser un espacio fabricado y/o destruido por la acción humana y su cultura. Ahora además, es lugar de ocio para un número creciente de personas que buscan satisfacer necesidades cada vez más diversificadas, que restan protagonismo a la producción de bienes materiales y otorgan valor a necesidades medio ambientales, lúdicas, recreativas, deportivas, pedagógicas, paisajísticas, que reclaman la atención de los gobiernos y condicionan la toma de decisiones tanto de éstos como de las empresas.

Al formar parte de la naturaleza interna de lo social, los bosques requieren de complejos análisis para entenderlos y actuar sobre los mismos. Los modos de su

funcionamiento como subsistema están inseparablemente unidos a la acción social; a los medios económicos y tecnológicos que transforman la producción y el consumo; a la organización y la distribución de los bienes y servicios que proporciona; a la capacidad de producción simbólica y los valores que intervienen en su representación. Los objetivos de reproducción de los bosques son sociales, y la razón técnica un instrumento para alcanzarlos.

Gran parte del éxito del movimiento ecologista radica en haber sabido comprender la vinculación de lo social a la reproducción de la naturaleza. Sus acciones de lucha ejemplarizantes, resaltados por una hábil utilización de los medios de comunicación, ilustran el poder simbólico de la nueva "*identidad sociobiológica*" con la que han conseguido llegar a calar en las conciencias. Un proyecto común para la humanidad vinculado a la supervivencia de especies, ecosistemas, grupos sociales, pueblos y culturas. (CASTELLS, 1999)

Las jerarquías de valores y los bosques

En las sociedades occidentales la cultura, mundo de los valores, las normas de comportamiento y los símbolos, hace tiempo que han dejado atrás los límites en los que los viejos modos de socialización los tenían constreñidos. Ello ha provocado fuertes desajustes, tanto en los ritmos de reproducción de los medios económicos, como en la capacidad de los individuos, de los grupos sociales y de las organizaciones que conforman, para generar una acción coordinada de compromiso con otros actores sociales.

En tanto que los objetivos de producción para los bosques se ligan a la definición de prioridades sociales, la cultura se convierte en una variable fundamental. En este sentido el estudio de los sistemas de valores adquiere una especial trascendencia a la hora de conocer los "*cambios previsibles en las estructuras y los procesos sociales*". (DÍEZ NICOLÁS, 1991, XIV) Siguiendo a Ronald Inglehart (1991) en su lectura del cambio de valores en las sociedades industriales avanzadas, se puede intentar recomponer el lugar que ocupan los bosques dentro de la jerarquía de las necesidades sociales.

En una sociedad donde la preocupación imperiosa consiste en buscar el sustento diario y la seguridad personal está amenazada por múltiples contingencias, como ocurre en una sociedad agraria preindustrial, las prioridades del individuo se orientan a asegurar la subsistencia. Aquí, los valores del bosque se relacionan directamente con los recursos naturales que se aseguran el sustento (maderas, pastos, frutos silvestres, especies cinegéticas, plantas medicinales, leña, etc.), además, de con símbolos e ideales suprahumanos que le permiten explicar e integrar las experiencias de su relación con el mismo (el bosque como elemento de un orden sagrado donde se inscribe la identidad del mundo, las cosas, las personas y los grupos).

Cuando una sociedad consigue superar la preocupación por los niveles de consumo de subsistencia y se encuentran desarrolladas las relaciones mercantiles que delimitan la propiedad y el intercambio, las preocupaciones humanas se sitúan al nivel de la organización del trabajo, en este caso hablamos de una sociedad industrial. El valor del bosque queda delimitado como abastecedor de materias primas para la producción de mercancías. La preocupación respecto al mismo se orienta hacia los procesos de transformar sus condiciones naturales, optimizar las condiciones de

obtención de las materias primas que proporciona el bosque, con el fin de ahorrar en los costos de producción de bienes materiales.

Pero cuando la producción y el consumo de bienes y servicios materiales se encuentran ampliamente desarrollados, el objetivo de la producción se inserta en el campo de las relaciones sociales. Es el caso de las sociedades programadas, informacionales, hipermodernizadas. En estas *“la producción y la difusión masiva de bienes culturales ocupan el lugar central que había sido el de los bienes materiales en la sociedad industrial”* (TOURAINÉ, 1993, 313) En este tipo de sociedad los valores del bosque desbordan el campo de la utilidad materialista y se sitúan directamente en el mundo de los deseos, que pueden ser tanto materiales como postmateriales, aunque la innovación cultural reside en dar prioridad a éstos últimos.

El bosque, en las modernas sociedades industriales, se convierte en un "hito referencial" del innovador movimiento cultural del postmaterialismo que se manifiesta con mayor fuerza en aquellos países, regiones, sociedades y grupos, donde la "prosperidad" ha transformado el medio ambiente de las personas. Lo escaso en estas circunstancias es lo no transformado o lo que recrea la imagen virtual de preservación de un entorno de calidad de vida. Los valores postmaterialistas -calidad de vida, defensa de una identidad de pertenencia, autoestima, autorrealización, una sociedad menos impersonal- aluden a una nueva definición simbólica del bosque, al otorgarle valor como "espacio natural" respecto a la artificialidad que despliega la utilización intensiva del espacio, tanto a través de sus construcciones, como de los hábitos de vida.

En un mundo cada vez más interconexionado por las comunicaciones y “nómada” en sus comportamientos productivos y de consumo (ATTALI, 1991, 85), el bosque se convierte en un primerísimo exponente de calidad de vida, algo que se llega a considerar como culto, como exponente de los componentes de una nueva cosmología mítica, construida con retazos de viejas y nuevas ideas e identidades.

Sin embargo, un proceso de cambio cultural no es inmediato, ni irreversible. La tesis del cambio de valores materialista/postmaterialista no sólo enuncia la respuesta a lo que se percibe como escaso en un determinado entorno socioecológico. Advierte también del desajuste temporal que representa tener que convivir con valores y representaciones simbólicas del bosque de generaciones forjadas hace décadas, cuando la idea del progreso estaba en auge, la naturaleza era percibida como fuente inagotable de recursos, y las tecnologías, las formas de organización social, económica y política, era otras.

La cultura forestal, más allá del acerbo técnico

“... la cultura social y política, en lo esencial, se ha mantenido estable en el período que va desde el final de la guerra mundial hasta más allá de la década de los años sesenta -en términos simplificados-. Una «variable» que se mantiene constante no se toma en consideración; deja de ser «variable» en este sentido y, por consiguiente, cabe ignorar su importancia. Esto cambia bruscamente cuando se rompe la estabilidad. Precisamente al extinguirse se pone de manifiesto la importancia del consenso de trasfondo normativo en lo cultural, en relación al desarrollo de la economía y la técnica.” (BECK, 1998, 255)

La cultura, la manera habitual de comportarse conforme a unas normas legitimadas por referencia a una jerarquía de valores y creencias compartidas, insistimos una vez más, adquiere un papel relevante para definir la relación social con los

subsistemas boscosos. En este ámbito queda mucho por recorrer en España. A medida que van quedando atrás los viejos modelos de relacionarse con los montes y los bosques se hace imperiosa la necesidad de adoptar nuevos referentes y prácticas, lo suficientemente legitimados e institucionalizados para recrear las condiciones que permitan crecer esos bosques a los que exigimos cada vez más.

En los párrafos anteriores, se habló de prioridades valorativas y de referentes simbólicos relacionados con los bosques que podemos reconocer en nuestros entornos sociales. Valores económicos, ambientales y sociales ligados a identidades culturales como la sociobiológica, postulada en el ideario ecologista. Pero andamos sobrados de idearios y se echan en falta nuevos hábitos, legitimados e institucionalizados, para llevar a la práctica, de manera sostenible esos valores.

Aquí es donde cobra sentido el concepto de cultura forestal, entendida como el conjunto de representaciones que permiten interpretar y orientar las actividades realizadas con respecto al monte, los bosques y el sector forestal.

Concepto que incluye a la selvicultura (la cultura profesional especializada), pero que lo desborda. Afecta a la divulgación de saberes, a las imágenes y representaciones sociales de profesionales, y de todos otros agentes y procesos relacionados con los bosques. E incluye también, una cultura organizativa, que permita la acción corporada de distintos agentes sociales en relación a los bosques. La cultura forestal de la que aquí se habla, se entiende como una subcultura o subconjunto significativo de acción relacionado con el bosque y el sector forestal. Cuerpo de saberes, valores y prácticas de origen diverso que se entiende han de formar parte de nuestra cultura grupal o societaria, junto a otros conjuntos significativos y prácticas legitimadas e institucionalizadas (sanitarias, familiares, socializadoras, de consumo, etc.), con los que interactúa y transforma, conformando un sistema homogéneo.

Quizás todo lo expresado hasta aquí pueda parecer excesivamente teórico para explicar que, *la cultura aparece como variable estratégica en la reproducción de los subsistemas boscosos*. Pero para terminar, se puede ilustrar con algunos ejemplos.

Comencemos reparando en el importante déficit de conocimientos selvícolas. Determinadas circunstancias históricas y práctica profesional corporativa han bloqueado un trasvase del saber profesional, tanto hacia los propietarios de montes, como hacia la población en general. Ello facilita que los componentes afectivos predominen frecuentemente sobre el rigor científico al tratarse, por ejemplo, sobre especies y ecosistemas. Calificar como *autóctono* una especie arbórea o ecosistema se convierte en un arma arrojadiza para dirimir, maniqueamente, entre lo que se considera bueno o malo para el monte.

No existen, tampoco, ideas claras de las producciones del monte, de sus transformaciones y consumos, a pesar que en nuestra vida cotidiana estamos rodeados de elementos que han tenido su origen en los mismos (agua, energía eléctrica, embalajes, muebles, papel, alimentos, perfumes, medicamentos, leñas). En éste ámbito, resultan especialmente discutidas y conflictivas las producciones, y transformaciones industriales de la madera. Una acción corporada respecto al subsector forestal no puede asentarse sobre la desconfianza entre agentes sociales. La negociación en torno a los objetivos y modos de gestión del bosque se pone en juego. Como recuerda Castells:

“Las batallas culturales son las batallas del poder de la era de la información” (1999, Vol. 3, 382).

Déficit cultural, también, en los modos de responder de manera organizada a circunstancias estructurales que bloquean la gestión de recursos forestales (propiedad privada de pequeñas dimensiones; ocupaciones laborales alejadas de las producciones agrarias; infraestructuras que cuarteán y jerarquizan el territorio; necesidades de suelo industrial o residencial; conflictos entre la propiedad privada y la administración pública). Articular la participación social de los distintos agentes sociales relacionados con el monte y los bosques, en torno a objetivos consensuados, es básico para legitimar e institucionalizar hábitos sociales.

Se tiene que *saber hacer* para canalizar acciones y recursos. No podemos seguir asistiendo a actuaciones provisionales como el enorme esfuerzo en la lucha contra los incendios forestales, sin desbloquear el paranoico discurso de la intencionalidad. No basta con sofisticados medios de teledetección, extinción, la denuncia y las acusaciones cruzadas. El desencuentro inhibe poner en práctica nuevas iniciativas que vertebran la gestión integral de las relaciones ecosociales. Los recursos no pasan sólo por la financiación, el establecimiento de políticas o de nuevos marcos legales, se tiene que saber imbricar a propietarios forestales, población rural, visitantes estacionales u ocasionales, con profesionales de diversas disciplinas, administraciones públicas y agentes económicos.

Somos capaces de percibir los bosques virtualmente, pero está bloqueada nuestra capacidad para gestionar físicamente nuestro interior civilizatorio. El monte y el bosque forman parte de un deslumbrante imaginario social que parece volvernos miopes. Indudablemente, no todos los agentes sociales tienen igual cuota de responsabilidad en la gestión y los usos del monte. Profesionales, administración pública, industrias, y ecologistas, tienen más poder que propiedad, población rural, o consumidores y usuarios, para incidir en una identidad legitimadora. Sin embargo, estructurar la acción social corporativamente requiere de todos sin exclusiones. El cambio social y las transformaciones ecosistémicas obligan a una continua y flexible adaptación de estructuras y formas de relación social con el subsector forestal. El reto es también cultura, de la capacidad de responder ajustadamente a los cambios en el conjunto de los subsistemas, depende nuestra calidad de vida actual y futura.

Referencias bibliográficas

- ATTALI, Jacques (1991): *Milenio*, Barcelona, Seix Barral.
- BECK, Ulrich (1998): *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós Básica, nº 89, e.o. 1986.
- BELL, Daniel (1991): *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Madrid, Alianza Universidad, nº 149, 3ª ed. en español, e.o. 1973.
- BERIAIN, Josetxo (1995): "De la sociedad industrial a la sociedad del riesgo. Una investigación sobre los tipos de crisis social en las sociedades complejas", *REIS*, nº 63, pp. 145-162.
- GONZÁLEZ GARCÍA, Marta I.; LÓPEZ CERREZO, A.; LUJÁN, J. L. (eds.) (1997): *Ciencia, tecnología y sociedad*, Barcelona, Ariel
- BOADA, Martí; ZAHONERO, Anna (1998): *Medi Ambient. Una crisi civilitzadora*, Barcelona, Ed. de la Magrana, 2ª de.
- BOUZADA FERNÁNDEZ, X. (1991): "Identidade e cultura no desenvolvimento local", en *Cooperativismo e Economia Social*, U. Vigo, nº 3, pp. 133-137.
- CAMARERO, L. A.; RODRÍGUEZ, F.; VICENTE-MAZARIEGOS, J. (1993): "Los campos de la conflictividad en la España Rural", en *Documentación Social*, nº 90, pp. 181-195.

- CASTELLS, M. (1999): *La Sociedad Red. La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 3 vol..
- COLEMAN, James S. (1993): "The rational reconstruction of society", en *American Sociological Review*, vol. 58, pp. 1-15.
- GONZALEZ FERNÁNDEZ, M. (1996): "Un contexto global para el desarrollo local", en *Curso de Planificación y Métodos de Intervención para el Desarrollo Rural*, Madrid, UNED-MAPA.
- HALFACREE, K.H. (1997): "Contrasting roles for the post-productivist countryside", en CLOKE, Paul; LITTLE, Jo (ed.): *Contested Countryside Cultures. Otherness, marginalisation and rurality*, London, Routledge.
- INGLEHART, R. (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (C.I.S.) y Siglo XXI.
- McCORMICK, John (1995): *The Global Environmental Movement*, West Sussex, Wiley & Sons Ltd, second ed..
- MACNAGHTEN, Phil & URRY, John, (1998), *Contested Natures*, London, SAGE Publications Ltd. in association with Theory, Culture & Society, Nottingham Trent University.
- MOLINA RODRÍGUEZ, Fernando (1993): "El selvicultor privado y la política forestal", Lección inaugural del I Congreso Español (Lourizán-Pontevedra), fotocopias.
- OLIVA SERRANO, J. (1999): "La representación de lo rural después de la modernidad", en *Príncipe de Viana*, Suplemento de CC. SS., nº 17, pp. 23-33.
- PÉREZ VILARIÑO, J. (1992): "Cultura Forestal y diferenciación profesional", en *R.E.I.S.*, nº 59, p. 89-120.
—, (1998): "Construcción social del monte y desarrollo corporativo del sector forestal", en *Agricultura y Sociedad*, nº 85, pp. 15-42.
- REUNALA, Aarne (1992): "Le secteur forestier dans les pays nordiques", en GARCÍA TAIBO, R. (Coord.): *Curso Internacional de Economía Política Forestal*, Compostela, Direc. Xeral de Montes e Medio Ambiente Natural de la Consellería de Agricultura Gandería e Montes y Unión de Selvicultores del Sur de Europa, pp. 63-77.
- ROJO, Teresa (1991): "La sociología ante el medio ambiente", en *REIS*, nº 55, pp. 93-110.
- SOLÉ PUIG, Carlota (1997): "Acerca de la modernización, la modernidad y el riesgo", en *REIS*, nº 80, pp. 111-131.
- TOURAINE, Alain (1982): *El postsocialismo*, Barcelona, Planeta.
—, (1993): *Crítica de la modernidad*, Madrid, Temas de hoy, 2ª ed..
- URRY, John (1995): *Consuming Places*, London, Routledge.